Pág. 29., octava 1.ª

Tierno Gaiféros, Melisendra bella,
La guerra larga, *no quiso ir sin ella.*

A qué mas citas? Todo el poema está salpicado de versos parecidos á esta muestra.

LIBRO II.

POESÍAS DIRECTAS

Aunque son muchas las comprendidas bajo esta denominacion, y atendiendo á sus diversas formas y al género de verso en que se escriben, pueden hacerse de ellas distintas clasificaciones; sin embargo, considerando el fin que en ellas se proponen sus autores, pueden reducirse á tres clases principales. Porque en todas ellas el poeta se propone principalmente, ó conmover las pasiones de sus lectores, ó ilustrar su razon con alguna enseñanza útil, ó exaltar su fantasía con la viva representacion de alguno ó algunos objetos. Las que tienen por fin primario conmover las pasiones, se llaman *líricas* por la razon que luego veremos; las que contienen alguna enseñanza, *didácticas;* las que pintan objetos, *descriptivas*. Las primeras hablan al corazon, las segundas al entendimiento, las terceras á la imaginacion. No quiere esto decir que en las dos últimas no se pueda excitar tambien algun efecto, ó que de las primeras no pueda resultar alguna leccion útil, ó que en las primeras y en las segundas no haya rasgos descriptivos; sino que el tono dominante en las primeras es patético, en las segundas doctrinal, y en las terceras pintoresco. Trataré de todas separadamente, y concluiré este libro diciendo algo de los poemas llamados menores, aunque en realidad están comprendidos en las tres clases indicadas; y con este motivo hablaré de nuestros *romances*.

CAPITULO PRIMERO.

POESÍAS LÍRICAS

Ya dije que en lo antiguo todos los versos se cantaban, y que mas tarde se escribieron algunos para ser simplemente

recitados. En el primer período ninguna composicion tuvo en particular el nombre de *lírica*, porque lo eran todas; pues en efecto se cantaban al son de la lira ú otro instrumento. En el segundo, cuando hubo algunas no destinadas al canto, se denominaron líricas en general aquellas que debian ser cantadas, y en particular se llamaron *odas*, palabra griega que literalmente quiere decir *cancion*. Finalmente llegó tiempo, en que la música quedó reservada para las solemnidades religiosas y las representaciones teatrales. Y como despues de esta época se compusieron todavía poesías del mismo carácter y tono que las odas rigurosamente tales, es decir, las cantadas, conservaron aquellas este nombre, sin embargo de que ya no eran destinadas mas que á la simple recitacion ó lectura. Tales son muchas de los antiguos, y casi todas las de los modernos.

No es esto decir, que hoy en dia no haya poesías verdaderamente líricas ó cantadas. En todos los países hay canciones nacionales de muchas especies; pero como en estas se atiende mas á la música que á los versos, las poesías modernas que realmente se cantan, no merecen particular exámen. Porque cuando se ha inventado alguna música nueva en cualquier género que sea, lo que se aplaude, estima y aprende, es la música; y es muy indiferente en general que á ella se acomode tal ó cual copla ó letra. Así, aunque nosotros tenemos un riquísimo caudal de seguidillas, villancicos, gozos, letrillas, romances, coplas sueltas para tiranas, jotas, polos, etc., y aunque, así como entre ellas hay muchas, ó detestables, ó de poco mérito, hay tambien algunas muy preciosas; sin embargo, siendo composiciones cortas, sueltas, sin autor conocido las mas, y no pudiéndose dar para su composicion otra regla que la de que á la naturalidad, finura, gracia, etc. de los pensamientos acompañen expresiones felices, y una versificacion la mas melodiosa, flúida, suave y sonora que ser pueda; solo hablaré de las poesías líricas destinadas á la simple lectura. Y como ya he indicado que estas conservan el mismo carácter y tono, que las que ántes se componian para ser cantadas; de esta circunstancia, es decir, de la suposicion de que el poeta canta, aunque realmente no cante, debe inferirse cuál es la naturaleza, y cuáles son las calidades propias de las poesías de esta clase.

El hombre canta en el entusiasmo de la admiracion, en el delirio de la alegría, en la embriaguez del amor, entre los placeres de la vida, en aquella especie de éxtasis que produce

la vista de algun objeto ó el recuerdo de pasadas situacion y á veces en medio del dolor, buscando en el canto un desahogo á sus penas. De aquí resulta que la oda para ser natural ha de expresar fielmente, ó la admiracion, el asombro y el respeto que nos inspiran los objetos elevados, sublimes, religiosos, etc.; ó el gozo de que está inundado nuestro corazon por algun acontecimiento feliz, ó la pasion amorosa que nos cautiva, ó el dulce placer que excita en nosotros la conmocion de los sentidos en medio de un festin, un baile, ó una reunion de amigos; ó el enajenamiento á que, aun estando solos, nos conduce la contemplacion de algun objeto presente, ó la meditacion sobre nosotros mismos y sobre sucesos pasados; ó finalmente el estado de abatimiento y afliccion en que nos sumergen los pesares. A seis clases pues se reducen todas las odas, ó por mejor decir, todos los asuntos sobre que pueden escribirse.

La 1.ª contiene las que expresan la admiracion y el asombro que inspiran ciertos objetos grandiosos. Y como estos pueden ser divinos ó humanos, se subdivide esta clase en dos especies. La 1.ª se llama *oda sagrada* (ó *himno*, si está hecho para cantarse) y en ella se celebran las maravillas del Altísimo y los misterios de la religion: la 2.ª *heroica*, y se emplea en las alabanzas de los héroes y en cantar hazañas marciales, ó acciones ilustres, aunque no sean precisamente de guerra. Estas dos especies deben tener por carácter dominante la elevacion y sublimidad.

La 2.ª comprende las que expresan nuestra alegría por algun acontecimiento feliz, por ejemplo, con motivo de una paz, del nacimiento de un príncipe, etc. No tienen nombre particular; pero pues en ellas nos congratulamos con la patria por su buena suerte y la damos en cierto modo el parabien, pudieran llamarse *gratulatorias*. Tales son tambien las que se escriben cuando algun personaje es elevado á un ministerio ó á cualquier otra dignidad. Estas requieren elevacion y fuego; mas como las emociones de la alegría son mas plácidas y tranquilas que las del asombro, el terror y el respeto religioso, deben tener mas de bellas que de sublimes.

A la 3.ª pertenecen aquellas en que exhalamos, por decirlo así, el fuego de una pasion amorosa; y ya se deja conocer que todas ellas han de respirar aquellos ardientes afectos que semejante pasion inspira, cuando llega á dominarnos. Se llaman *eróticas*.

A la 4.ª las que retratan las conmociones vivas, pero lijeras y transitorias, que nos causan los placeres de la mesa, el baile, la música y la reunion de varias personas entregadas á la recreacion y al pasatiempo. De esta naturaleza son las mas de Anacreonte, del cual han tomado el nombre de *anacreónticas*, y algunas de Horacio. Su carácter es la elegancia, la blandura, la jovialidad y cierta finura y delicadeza en los pensamientos.

La 5.ª, y mas numerosa, abraza todas aquellas que expresan los sentimientos que nos inspiran la vista de algun objeto y nuestras propias reflexiones, sobre los sucesos de la vida, las revoluciones de la fortuna, la instabilidad de las cosas humanas, la ceguedad de los hombres acerca de sus verdaderos intereses, etc. etc. Estas se llaman odas *filosóficas* ó *morales*.

La 6.ª aquellas en que desahogamos nuestro dolor, cuando algun pesar nos oprime. No tienen nombre particular; pero como los antiguos llamaban elegías á las composiciones lastimeras, pudieran llamarse *elegíacas*. Con este motivo debemos observar, que no es el asunto el que distingue las varias especies de poesías, sino el modo de tratarle. Casi todos los que pueden ser materia de las odas, pueden serlo tambien de otras composiciones; pero estas pertenecen á la clase de las didácticas, cuando no es el corazon el que en ellas se procura conmover, sino la razon la que se quiere ilustrar. Así en los discursos poéticos se trata de asuntos morales, como en las odas de este nombre; pero en aquellos el poeta se propone ilustrar al entendimiento, y en estas, agitado por la pasion, quiere principalmente interesar el corazon. Ademas el género de verso diversifica dos composiciones sobre un mismo asunto, aunque la pasion domine en ambas. Por eso una composicion amorosa, por patética que sea, será siempre elegía ó epístola, segun los casos, si está escrita en dísticos latinos, ó en tercetos ó versos sueltos castellanos. Para que fuese oda, era menester que estuviese escrita en alguna de las varias especies de versos que en una y otra lengua se acomodan mas al canto, y que por esta razon se llaman *líricos*.

Volviendo á las odas, como el efecto de la música es conmovernos fuertemente, sacarnos del estado ordinario, é inspirarnos cierta especie de enajenamiento que se llama *entusiasmo*; es necesario que el poeta muestre en las odas aquel grado de aparente delirio que convenga al asunto, porque claro es que todos no pueden excitar el mismo furor y atur-

dimiento. Pero es menester que en todas el poeta salga algun tanto de sí, hable como agitado por la inspiracion de las Musas, y tome un tono mas atrevido que el que conviene á los que no cantan, sino que escriben para la simple lectura. Por esta razon las odas admiten cierto desprecio de la regularidad, algunas digresiones, y un aparente desórden en las ideas que muestre la agitacion interior del que canta. Sin embargo es menester cuidar mucho de que este desórden no sea mas que aparente, es decir, que el poeta no ha de escribir jamas sin plan; pero al tiempo de ejecutarle y de ir enunciando los pensamientos que ha adoptado para llenarle, puede omitir aquellas ideas intermedias que la reflexion suplirá, y no ha de indicar las transiciones como en las obras de puro raciocinio. En esto consiste lo que Boileau llamó *bello desórden de las odas;* palabras que mal entendidas por algunos, han producido infinitas extravagancias. *Una oda*, dice Blair, *no ha de ser tan regular en la estructura de sus partes como un poema épico ó didáctico; pero en ella, como en toda composicion, debe haber siempre un asunto; este debe tener partes que por su union le hagan un solo todo: las transiciones de un pensamiento á otro deben ser finas, pero han de conservar el enlace de las ideas; y en todo el contexto se ha de ver que el poeta piensa y siente, pero no delira. Por mas autoridades que se quieran alegar para cohonestar la incoherencia real de las ideas, y el verdadero desórden en la poesía lírica, lo cierto es que toda composicion irregular y desordenada es mala, y aun malísima. El bello desórden de la oda es un efecto del arte, como dijo Boileau; pero es preciso, añade La Mothe, no dar á esta voz demasiada extension, porque en tal caso podrian excusarse todos los extravíos imaginables, y el poeta no tendria otra obligacion que la de expresar con fuerza cuantos pensamientos le fuesen ocurriendo, creyéndose dispensado de examinar su relacion; y aunque la obra no tuviese, ni principio, ni medio, ni fin, el autor pensaria sin embargo que era tanto mas sublime, cuanto fuese ménos racional.*

A lo que mas debe atenderse en una oda despues de los afectos, es á la versificacion. Como se la supone destinada al canto, es menester que los versos sean lo mas sonoros, armoniosos y musicales que puedan hacerse. Es necesario, por decirlo así, que se estén cantando ellos mismos. Las expresiones mas enérgicas y pintorescas, las imágenes mas vivas, la coordinacion mas melodiosa deben reinar en toda ella. Expresiones débiles y cacofónicas, versos flojos, arrastrados ó prosaicos, que en corto número podrian ser disimulables en otras composiciones, en la oda son insufribles, sin que el mérito, que acaso pueda tener por el fondo de las ideas; baste á compensar los defectos de elocucion y la dureza ó languidez de los versos.

El príncipe de todos los líricos antiguos y modernos es Horacio. Píndaro tiene mas elevacion, sus versos son singularmente sonoros y cantables; pero las continuas digresiones y la demasiada mitología de que sus odas están llenas, la total falta de afectos, lo poco interesante que son para nosotros sus asuntos, el desórden y poca coherencia de los pensamientos, y la oscuridad y violencia de muchas de sus metáforas, hacen que se lea con poco gusto, al paso que á Horacio no sabemos cómo dejarle de la mano.

Antes de concluir este capítulo conviene hacer algunas advertencias.

1.ª En la poesía lírica de los griegos se pueden distinguir dos variedades. Algunos poetas, como Píndaro, su competidora Corina, y los trágicos en sus coros, que son verdaderas y magníficas odas, dieron á estas mucha extension, llegando algunas á trescientos versos; y otros, como Alceo, y señaladamente Safo, las redujeron á menor número. Los primeros las dividieron en largas estrofas de diez, quince, y hasta diez y ocho ó veinte versos, y los segundos en estrofas de dos, tres, y á lo mas cuatro versos; y de esta tan desigual extension y manera de dividirlas, resultó que las odas de la primera clase tuviesen un carácter muy diverso de las de la segunda. En las primeras el poeta empieza por una especie de prólogo ó exordio para enunciar el asunto; ilustra este, acumulando cuanto su imaginacion le sugiere; discurre por las causas y circunstancias, los efectos, los contrarios y semejantes, y los demas lugares retóricos; amplifica los pensamientos mas interesantes, hace á veces digresiones en que refiere sucesos de la fábula ó de la historia, y concluye con un breve epílogo. En las segundas, al contrario, el poeta entra desde luego en materia, escoge lo mas florido del asunto, y lo enuncia rápidamente sin digresiones formales y dilatadas, sin largas amplificaciones, y sin epílogo ó recapitulacion de ninguna forma. De esta última especie, la mas perfecta y mas lírica, son entre los latinos algunas de las pocas odas que nos han quedado de Catulo, y

todas las de Horacio; sin que sepamos si hubo algun otro poeta que escribiese odas á la manera de Píndaro. Solo quedan de esta clase los coros de las tragedias de Séneca, que son de la misma forma y extension que los griegos.

2.ª A consecuencia de esta diversidad que se nota entre los líricos antiguos, hay otra igual y correlativa entre los modernos. Los italianos en las llamadas *canciones*, y los nuestros en las que á imitacion suya escribieron con el mismo título, siguen la manera de Píndaro, dan mucha extension á sus composiciones, las dividen tambien en largas estrofas que llaman *estancias*, amplifican los pensamientos principales, y se permiten ciertas digresiones. Garcilaso en su *Flor de Gnido*, y á su imitacion Camoens, Fr. Luis de Leon, Francisco de la Torre, algun otro de los nuestros, y varios líricos portugueses han preferido con mucho acierto la manera de Safo, Alceo y Horacio; escriben odas cortas, las dividen en estrofas de pocos versos, escogen los pensamientos mas interesantes que ofrece el asunto, los enuncian con fuego y rapidez, comienzan sin exordio y acaban sin peroracion. Parece pues que para distinguir ambas formas, pudiéramos llamar á las *canciones*, *odas pindáricas* (y en efecto ya algunos con mucha propiedad han dado á sus canciones esta denominacion de *pindáricas*), y á las otras, *odas horacianas*. Pero déseles ó no este nombre, lo que sí importa es distinguir las canciones italianas de las odas latinas, y saber que Garcilaso tiene la gloria de haber sido el primero que en la Europa moderna hizo resonar la lira del poeta venusino, y el mérito de haber sabido distinguir y demostrar con un ejemplo, cuán diferente es el carácter de una *cancion*, como las del Petrarca, y el de una *oda*, como las de Horacio.

3.ª Los latinos escribieron composiciones rigurosamente *anacreónticas*: tales son algunas de Catulo, que malamente se intitulan *epigramas*, y varias odas de Horacio; pero no emplearon el mismo metro que Anacreonte. Nosotros hemos logrado imitar bastante bien el verso anacreóntico en nuestros romancillos de verso heptasílabo, y aun octosílabo asonantado; porque en efecto las odas de Anacreonte están, unas en versos de siete sílabas, y otras en versos de ocho. Pero como los griegos no conocieron la rima, los versos de todos sus poetas y en todas sus composiciones son sueltos ó libres, sin ninguna especie de asonancia ni consonancia á no ser puramente casual. Los italianos emplean tambien en sus anacreónticas versos

cortos de varias medidas; pero no usan del romancillo nuestro asonantado, que les es desconocido.

4.ª Como algunos modernos de los que en España han escrito unas cosas que llaman *anacreónticas*, han mostrado en ellas mismas que, ó no habian leido á Anacreonte, ó no conocian cuál es el carácter, tono y estilo de sus odas, se hace preciso extender algo mas lo que ya dejo dicho sobre la naturaleza de la oda anacreóntica, asuntos que en ella pueden tratarse, tono que la conviene, extension que admite, y forma que debe dársela.

Ya se ha indicado que la verdadera anacreóntica ha de ser una como repentina inspiracion, producida por las lijeras conmociones que causan en el ánimo los placeres de la mesa y el baile, ó la sola reunion de varias personas entregadas á la recreacion y al pasatiempo. Y como estas impresiones son necesariamente vivas, cortas y gratas, se infiere lo siguiente: 1.º Los asuntos anacreónticos son relativos á los inocentes placeres y honestos recreos que la moral mas severa permite alternar con las ocupaciones serias de la vida. 2.º El tono de estas odas es siempre alegre, festivo, jovial, sin que esto impida que al paso se puedan mezclar sentencias graves y máximas provechosas. 3.º El estilo ha de ser vivo, lijero, fácil, suelto, y sin que en ellas se haga otra cosa que florear, por decirlo así, los pensamientos. 4.º La composicion total ha de ser muy corta: en Anacreonte son tres ó cuatro las que pasan de cuarenta versitos, y muy pocas las que llegan á este número. 5.º La forma que las conviene, es la de una breve é ingeniosa ficcion poética, una especie de cuentecillo, de la cual se deduzca ó resulte un pensamiento fino, delicado y nuevo. Alguna vez pueden reducirse á ilustrar un solo pensamiento de esta clase por medio de varios símiles ó contrastes. En Anacreonte, el Amor que habiendo perdido el camino, pide posada al poeta; el Amor picado por una abeja que va llorando á mostrar á Vénus la picadura, son de la primera especie: las armas de la hermosura contrapuestas á las que tienen todos los animales para defenderse, y el nido del amor comparado, en cuanto á la fecundidad de la cria, con el de la golondrina, son de la segunda.

Examínense por estos principios todas las odas que en nuestro Parnaso llevan el título de anacreónticas, y se verá cuáles son las que le merecen.

Advierto que las anacreónticas pueden ser alguna vez satíri-

cas, porque en efecto es muy propio de la gente alegre y entretenida hacer burla y rechifla de las cosas que lo merecen. Por eso nuestras letrillas satíricas deben referirse al género anacreóntico. Y como el romancillo menor de cinco y seis sílabas, en que suelen escribirse las letrillas jocosas, es por sí mismo cantable, y las anacreónticas deben serlo, pues eran entre los antiguos lo que entre los franceses las intituladas *chansons de table;* creo que aun las anacreónticas no satíricas, sino simplemente jocosas, pudieran escribirse en versos de cinco y de seis sílabas, pues ya se escriben en los de siete. Pero así en estos como en aquellos convendrá usar alguna vez del riguroso consonante, como lo hizo Villégas en varias de sus cantilenas. Tambien convendria mezclar con los versos llanos de cinco, seis y siete sílabas algunos esdrújulos y agudos, para dar mas variedad á estos romancillos que de otra manera se hacen insípidos, cansados y monótonos. Lo que sobre todo deben hacer los poetas líricos españoles es leer y estudiar mucho los italianos, que han sido, son todavía, y acaso serán siempre, los maestros en todo género de composicion que tenga algo de cantable. En ellos aprenderán á combinar de mil maneras nuevas é ingeniosas las estrofillas de nuestros romancillos, ya mezclando versos de diferentes medidas, ya alternando los aconsonantados con los que no lo sean, y los esdrújulos con los agudos y llanos.

CAPITULO II.

POESIAS DIDÁCTICAS.

Aunque en estas el poeta se propone instruir á sus lectores, no se crea sin embargo que semejantes composiciones son de la misma naturaleza que las didácticas de prosa. Porque como en todas las obras poéticas la instruccion debe estar siempre subordinada al entretenimiento y placer, en las que ahora examinamos el poeta declara sí su intencion de instruir; pero esta instruccion ha de estar hermoseada con descripciones, episodios, ficciones y engalanamientos poéticos, que amenicen la aridez del asunto y diviertan la imaginacion. Así estas poesías no se distinguen de las restantes sino por la materia. En lugar de divertir y procurar el placer con asuntos patéticos, narraciones ó representaciones de hechos brillantes, ó imitaciones de caractéres y costumbres; el poeta escoge por argu-

mento de su obra un objeto instructivo en sí mismo; pero es con el fin de hacer agradable la instruccion, adornándola con las galas de la poesía. Nunca se propone dar los elementos de una ciencia, para que la aprendan los que aun no la saben, ni un tratado magistral, para comunicar nuevos descubrimientos y acelerar los progresos del entendimiento humano; sino poetizar, si podemos decirlo así, los principios generales del ramo sobre que escribe. Esta es la verdadera idea de las poesías didácticas, y de ella deberán deducirse las reglas de su composicion. Las expondré brevemente, previniendo ántes que, como el poeta puede tomar por asunto objetos de ciencias y artes, ó puntos de moral y de crítica, y en estos puede, ó dar lecciones positivas, ó censurar ya los vicios de los hombres, ya el mal gusto de los escritores; las composiciones didácticas pueden ser de tres clases. La primera contiene todas aquellas, en que se trata de alguna ciencia ó arte con mas ó ménos extension; la segunda aquellas en que se proponen directamente documentos morales ó reglas de crítica; y la tercera aquellas en que zahiriéndose los extravíos de las costumbres públicas ó los defectos literarios de los autores, se da una como leccion indirecta. Las primeras se llaman poemas *didascálicos*, las segundas *discursos* ó *epístolas*, porque suelen escribirse bajo una de estas dos formas, la de un discurso seguido y doctrinal, ó la de una carta á un sugeto verdadero ó fingido: las terceras tienen el nombre de *sátiras*.

ARTÍCULO PRIMERO.

Poemas didascálicos.

Llamándose así los tratados escritos en verso sobre objetos de ciencias ó de artes, es claro que la regla fundamental para su composicion, será la de que *la teoría que el autor presente, sea verdadera, los preceptos que dé, claros y útiles, y las ilustraciones con que acompañe estos y aquella, oportunas y poéticas.*

La 2.ª es, que *observe órden y método* no tan rigurosos y formales como en un tratado en prosa; pero bastantes para ofrecer al lector una instruccion seguida y ordenada.

La 3.ª que *amenize las discusiones científicas con episodios, descripciones, símiles y otros adornos poéticos*, porque